

## EPÍLOGO.

A fines de 1833, mi criado, á quien sin duda no le gustaban las boardillas de la calle de San Lázaro, me dijo tantas veces que mi habitacion no era á propósito para mí, que le dije al fin una noche que decia bien, y que estaba pronto á mudarme siempre que él se encargase de buscarme otra, y de verificar la mudanza de mis muebles, sin que tuviese yo que ocuparme de nada.

El día siguiente por la mañana oí una grande disputa en mi comedor, me eché una bata y salí á ver qué era aquello. José disputaba con un mozo sobre el precio de la mudanza de mis cuadros y de algunos otros muebles. Al verme este último apeló á mi conciencia, y me preguntó si veinte y cinco francos era demasiado por el transporte de mis cuadros, mis libros y mis curiosidades á la calle Bleu, núm. 30.

— Parece, dije á José, que prefiero la calle Bleu á la de San Lázaro.

— Sí, señor, me respondió; y habeis alquilado en ella esta mañana un cuarto principal que solo cuesta cien francos mas que este, que es un tercero.

— Bien está, pero te has de enterar el porqué se escriba la calle Bleu sin *e* (*Bleue*, azul).

— Sí, señor. — Volví á entrar en mi cuarto, y me metí otra vez en la cama.

— Ya ves, dijo Francesco, que á vuestro amo no le parece esto tan caro.

— Bien está, tendrás tus veinte y cinco francos, pero te encargarás de saber porqué se escribe la calle de Bleu sin *e*.

— ¿Y á quién se lo he de preguntar?

— Eso tú lo verás.

— Entonces procuraré averiguarlo, dijo Francesco.

El final de este diálogo me afirmó en una idea que me habia ocurrido hacia tiempo, y es que José hacia lustrar mis botas por el portero y hacer los recados por Francesco, y que el único trabajo que le costaba esta parte de mi servicio, era el añadir á la cuenta del mes quince francos de portes de cartas que yo no habia recibido.

Seguramente que es muy incómodo el verse uno robado por su ayuda de cámara, máxime cuando le tiene á uno por un imbécil, lo que le lleva naturalmente á faltar al respeto, pero es todavía mas desagradable el mudar de un rostro al que está habituado uno por, otro al cual no se hace uno tal vez. Es preciso á lo menos un año para levantar la máscara que encubre una cara nueva, y eso aun suponiendo que no se tenga otra cosa en que ocuparse.

Por desgracia para mi bolsillo, y felizmente para José, me hallaba yo ocupado en aquel momento en otra cosa, que creo era el *Angelo*. Resolví, pues, continuar dejándome robar.

Acababa de tomar esta resolucion cuando oí una nueva disputa en la antesala.

— El señor no está, dijo José.

— ¡Oh! bien lo sé, contestaba una voz que no



me era desconocida, ya me habian advertido de que en París nadie estaba jamás en casa.

— El señor ha salido.

— ¿Salido á las ocho? Eso seria bueno allá en nuestras montañas, pero en esta grande ciudad cuando se ha salido tan de mañana, es señal de que no se ha vuelto aun.

— Mi amo no pasa jamás la noche fuera de casa, dijo secamente José, que trataba de conservarme una reputacion virginal.

— No lo digo por ofenderle, pero eso no se opone á que si él supiese que estoy aquí, me recibiria inmediatamente.

— Si quereis dejar vuestro nombre, continuó José, se lo daré á mi amo cuando vuelva.

— ¡Oh! que si que le dejaré mi nombre, y cuando sepa que estoy en París, me enviará á buscar corriendo.

— ¿Y dónde vivís? dijo José, que comenzaba á tener miedo.

— En la Carrera de la Villette, porque allí es mas barato que en el centro.

— ¿Y cómo os llamis? añadió José cada vez mas inquieto.

— Gabriel Payot.

— ¿Gabriel Payot, de Chamouny? exclamé yo desde mi cama.

— ¡Eh! embustero, bien sabia yo que estaba en casa...

— Sí, sí, de Chamouny, y que viene además á veros y traer una carta de Jaime Balmat, por sobre nombre Mont-Blanc.

— Entrad, querido, entrad.

— ¡Ah! exclamó Payot.

José abrió la puerta y anunció al señor Gabriel Payot, de Chamouny.

Payot le miró incomodado para ver si se burlaba de él, pero viendo que José cerraba la puerta con toda cortesía, me buscó con la vista y me vió en mi cama.

— ¡Oh! ¡perdon! dispensad, me dijo.

— No hay de qué, amigo mio: ¿qué buena suerte os ha traído por aquí?

— ¡Oh! voy á deciroslo todo.

— Comenzad por tomar una silla.

— No estoy cansado, gracias.

— No le hace, sentaos; esto es aquí la costumbre.

— Ya que os empeñais absolutamente en ello.....

— Aquí, aquí; y le señalé una silla inmediata á mi cama, ¿conoceis este reloj, Payot?

— ¡Que si lo conozco! yo lo creo; ha dado mas que hacer á mi primo Pedro que lo que tiene de grueso. ¿Va bien?

— Siempre, á menos que no me olvide de darle cuerda.

— Yo tenia tambien uno, ¡oh! pero que era como cuatro veces este, un reloj de Ginebra: un dia que me hallaba algo achispado, le dí una vuelta de mas á la llave y saltó el muelle real; lo llevé sin decir nada á mi mujer, al herrero de Chamouny, que es listo como un mono y hace asadores y... mirad... lo mismo está que estaba; desde entonces jamás ha vuelto á andar bien.

— ¿Y con qué motivo habeis venido á París, mi buen Payot?

— ¡A París! ¡no! vengo de Londres.

— ¡De Londres! ¿y qué habeis ido á hacer á Londres?



— Primero es necesario os diga que el año pasado vino despues que vos á Chamouny un inglés : es una suerte , ya lo sabeis ; tanto mejor para el pueblo , porque pagan bien . Esto no es decir que los Franceses no paguen bien , ¡ oh ! ¡ pagan tan bien ! además los precios son iguales para todo el mundo ; pero nosotros preferimos á los Franceses porque hablan saboyardo : habeis de saber que vino é hizo el mismo camino que vos , sin mas diferencia de que fué al jardin , al que no quisisteis ir , y á fe que hicisteis mal , porque cuando se ha ido á él se puede decir... he estado en él . Habeis de saber que , me dijo : ¿ Quién es el último á quien has acompañado ? — ¡ Ah ! á fe mía , le respondi , es un excelente jóven . Perdonad , señor , pues aunque no estábais , yo dije lo que pensaba ; además sabeis cuánto os amamos allí todos . Aquí teneis vuestros certificados : y recordareis de que me disteis tres , uno en inglés , otro en italiano y otro en francés .

— Me acuerdo perfectamente .

— ¡ Oh ! pero ahora entra lo bueno , ya vereis : habeis de saber que me dijo : Si quieres darme uno de estos tres certificados por veinte francos , yo te lo compro .

— ¿ Quereis por ventura haceros guia ? le dije yo , es un maldito oficio : vaya , vaya , vale mas ser milord .

— No , me respondió ; pero estoy haciendo una coleccion de *Ortógrafas* .

— ¡ Oh ! en cuanto á ortografía , no falta en ellos : son de un autor . Pues , señor , sacó de su bolsillo los veinte francos , y yo los tomé . Hice bien , ¿ no es esto ? aquello no valia seguramente mas de veinte francos , ¿ no es verdad ?

— Ni siquiera veinte sueldos .

— Así lo calculé yo ; pero ¡ son tan brutos esos Ingleses ! habeis de saber , que al llegar al huerto , vimos dos gamos que echaron á huir : mera casualidad ; pero eso no quita que el inglés no se pudiese muy contento .

— ¡ Cáspita ! dijo , hé ahí dos animales por los cuales daría de muy buena gana dos mil francos , si pudiese ; llevármelos á mi parque .

— Por menos podeis tenerlos , respondi yo .

— ¿ De veras ?

— Ciertamente .

— Pues ahí tienes mi nombre , y las señas de mi casa en Loadres , añadió dándome un papelito chiquito y muy fino . Si me presentas dos gamos , no me desdigo de mi palabra .

— Tocadla , dije yo , alargando mi mano .

— ¿ Quieres que te haga un papel de obligacion formal ?

— No , señor , no , dadme la mano y me basta . Y así sucedió . Quedó hecho el trato , con solo la diferencia de que al separarnos , despues de tres dias , en vez de darme veinte y siete francos , á razon de nueve diarios por mí y por el mulo , me dió ciento . Pero volvamos al cuento de los gamos . Esta primavera me acordé del inglés , y como yo conozco y sé dónde están las madrigueras , con poco trabajo cogí dos gamitos hermosísimos , macho y hembra . Eran muy chiquitines , y como apenas veian , les dábamos leche en un biberon como á los niños . Dios me lo perdone , pues no puede menos de ser malo ; mi hija es la que los ha criado , mi hija , ¿ os acordais ? estaba preñada y ya debe haber parido . Sin duda me esperarán para el bautizo . Pues , señor ,



cuando los gamitos tuvieron tres meses, yo que no habia perdido el papelito del inglés, le dije á mi mujer :

— Tengo necesidad de ir á Londres.

Juzgad qué cara pondria al oirme.

— ¿Y qué tienes que hacer en Londres?

— Entregar estos dos animalitos que valen nada menos que dos mil francos.

— Tu estás borracho, respondió mi mujer : pero yo la dejé hablar, y bajando al corral, ariné una jaula vieja, saqué el carretón del cobertizo, y colocando los gamos en la jaula, la jaula en el carretón y el carretón detrás del mulo, le pregunté al maestro de escuela cuál era el camino de Londres. Me dijo que al llegar á Sallanche volviere á mano derecha, así que estuviere en Lyon á la izquierda, y que en París hasta los niños me enseñarian el camino. Efectivamente aquí me dijeron que siguiendo el curso del Sena llegaría al Havre.

— ¿Y partisteis sin haber hecho mas pactos con el inglés?

— Si el pacto estaba ya hecho desde que me habia apretado mi mano en la suya... pero ahora entra lo mejor de la historia. Vereis que al llegar al Havre era ya noche; el amo de la posada á donde fui, me preguntó á dónde iba, y yo le respondí que á Londres. El dia siguiente cuando yo iba á enganchar el mulo, entró un jóven con un sombrero de alas anchas y muy reluciente, con chaqueta azul y pantalón blanco, que me dijo :

— ¿Sois el que va á Londres?

— Si.

— Y bien, ¿quereis que yo le pase?

— ¿Por dónde?

— Por la Mancha.

— A otro perro con ese hueso... y apretando la cincha al mulo, le di con el látigo y ¡arre! Digame el camino de Londres, y déjese de bromas, le dije al jóven.

— Siempre recto, me respondió, y vino siguiéndome, hasta que al cabo de un medio cuarto de hora me encontré sin camino. Pregunté en dónde estaba, y me respondieron que en el puerto.

— ¿Y Londres, en dónde esta? exclamé yo.

— Al otro lado del mar.

— ¿Y por qué puente se pasa?

El jóven del sombrero soltó una carcajada.

No era esto lo tratado, me dije á mí mismo : el inglés no me dijo si habia de pasar el mar, y yo no soy marinero. Tenia yo un coraje entonces, que me hubiera destrozado los puños. No hay mas remedio, es preciso volvernos, dije yo mirando á mi mulo, y cuando retrocedia vi al posadero que estaba en el umbral de su puerta.

— ¡Hola! me dijo : ¿ya estais de vuelta?

— Si, sí, ya sois bueno, ¿porqué no me habeis dicho que para ir á Londres era necesario pasar el mar? — y se echó á reir; ¡bribon! añadió yo.

— Como os he visto marcharos con un marinero del vapor...

— ¿Quién? ¿el del sombrero?

— Si, y á fe que es un excelente muchacho. Vamos, vamos, entrad y bebereis una botella de cidra.

— ¿Sabeis lo que es cidra? es un vino que en aquel extraño país se hace con manzanas.

— Si, sí, ya lo sé, pero al fin ¿cómo os compusisteis?

— Fué necesario hacer lo que ellos quisieron.



Dejé el mulo y el carro en la posada, y á la mañana siguiente me embarqué con mis gamitos : ¿ creeríais que tuvieron la desvergüenza de hacerme pagar por ellos? Cuando digo que pagué por ellos, es decir, que pagó un milord, porque mis gamitos fueron la delicia de su hija. Figuraos una pobre niña tísica... de diez y ocho años, ¡pero cuán hermosa! En el vapor suponian que estaba desahuciada, pues padecía de amores. Yo no padecía tal mal, pero me estaba mareando.

— ¿Os habeis mareado alguna vez?

— Sí.

— ¡Pues bien! sabreis lo que es el mareo. Os juro que mas querría ver parir á mi mujer, antes que volver á pasar por tales angustias. Además no era yo solo, sino que todos estaban en igual estado!... Yo creo que era la pícara cidra lo que me amargaba el corazon. El marinero consabido me estaba diciendo : Comed, comed. — ¡Qué comer ni qué calabazas! al contrario. Despues de seis horas de viaje, todos estábamos de espaldas. La niña inglesa era la única que no se mareaba, pero no hacia mas que ir y venir por entre nosotros ligera como una sombra, y jugando con mis gamitos; os aseguro que si se le hubiese antojado abrirles la jaula y soltarlos, no me hubiera tomado el trabajo de correr detrás de ellos.

Por la tarde el tiempo se puso grueso, como dicen los marineros. Oyéronse retumbar algunos truenos, las olas se encrespaban, y á fe mía que era este el mejor modo de aliviarnos. Yo daba mi alma á Dios y mi cuerpo á todos los diablos; cuando cátae que se me sube á las narices cierto olor de costillas de carnero. Voto á... era el marinero que estaba dis-

poniendo su cena, mientras iba el temporal arreciando que era un gusto. ¡Vamos andando! decia yo en mis adentros, si esto sigue, al menos tenemos esperanzas de naufragar. No daría uno por su vida dos cuartos cuando se encuentra así. Todo daba vueltas como cuando uno está borracho. Vino la noche; la cubierta parecia abandonada; el buque andaba á la buena de Dios; la jóven fué á apoyarse en el mástil y permaneció de pié. A cada relámpago, yo la veía blanca y pálida como una santa, con sus rubios cabellos flotantes al viento, con sus ojos ardiendo por la fiebre, y de cuando en cuando la oía toser, lo cual me destrozaba el corazon. Durante un relámpago la vi llevar un pañuelo á la boca y retirarlo lleno de sangre. Entonces se puso á sonreír; pero con una sonrisa tan triste que me partía el alma. Pasó un relámpago, que pareció rasgar las nubes de arriba á bajo, y la pobre niña hizo un movimiento con la cabeza, como para decir : sí, ya voy. Yo cerré los ojos, porque mi corazon no podía resistir; yo no sé lo que pasaba, únicamente me acuerdo que hizo viento y que llovió y nada mas. Despues oí algunas voces, se me figuró ver la luz de algunas antorchas á través de mis párpados, sentí que me cogian en brazos, y pensé que me iban á arrojar al mar.

Al cabo de una media hora casi me sentí mejor, me pareció tener entre manos alguna cosa caliente y suave, abrí los ojos, miré, y vi que eran mis gamitos, que me estaban lamiendo. Vi además que me encontraba en un cuarto acostado sobre una cama y con un buen fuego en la chimenea : estábamos en Brighton.

Tardé lo menos diez minutos en asegurarme de



que nos hallásemos en tierra firme, porque siempre me parecía sentir aquel maldito balanceo; pero por fin poco á poco aquello se pasó y mi estómago comenzó á dejarse sentir. Nada tenía de extraño, porque desde la vispera no habia tomado ni un bocado, y además la cocina exhalaba buen olor de chuletas de carnero. Entonces dije para mí: — Si no me equivoco, se está preparando la cena. En aquel momento entró el mozo y me chapurreó tres ó cuatro palabras en inglés, que no comprendí; pero como llevaba una servilleta, y me hizo señal llevándose la mano á la boca, entendí que se trataba de cenar. No me lo hice decir segunda vez y le seguí al instante.

Llegado abajo, me preguntaron si era de los de primeras ó segundas.

— De las segundas, dije yo; porque no tengo nada de orgulloso.

La puerta del comedor de las primeras estaba abierta, eché al pasar una ojeada y ví que todo el mundo estaba ya ocupado comiendo, excepto la jóven inglesa y su padre que no se habian sentado á la mesa. Me hallé con el ganapan del marinero del sombrero de hule que estaba despachando una tajada de rosbeaf...

— ¡Hola! le dije, ahí del amigo, voy á sentarme en frente de vos.

— ¡Eh? como guste, me respondió. Era un excelente muchacho en el fondo.

— ¡Ah! pronto, un vaso de vino, me hará mucho provecho.

— ¡Vino! me contestó, sin duda tendreis bastantes fondos para gastarlo, porque aquí cuesta doce francos la botella.

— Doce cuartos direis.

— ¡Doce francos!

— Perdonad, ¿pues qué es lo que teneis en el jarro?

— Ale.

— ¿Cómo?

— Cerveza, así lo entenderéis mejor: ¿os gusta la cerveza?

— Toma, no es muy buena; pero siempre es mejor que el agua, y así echadme.

— A vuestra salud.

— A la vuestra igualmente.

— A propósito de salud (añadí despues de haber puesto en la mesa mi vaso), ¿y la jóven aquella?

— ¿Cuál?

— La del vapor.

— ¡Oh! no muy buena: á estas horas se estará muriendo.

— ¡Bah! no estaba enferma, vos lo decís: verdad es que no tenia la enfermedad vuestra; pero la suya era otra. Mirad, es mala señal cuando un cristiano no siente lo que sienten los otros: yo mismo he puesto en duda lo que realmente sucede: la enfermedad ha vencido al mal: era la muerte la que la sostenia. Cuando estábais á bordo era la única que se hallaba en pié. Pues bien, ahora que estamos todos en tierra, ella es la única que está tendida en una cama de que seguramente no volverá á levantarse.

— ¡Pobre muchacha! le respondí: me habeis dado de cenar; pero ya no comeré nada mas. ¡Pobre niña!

Al día siguiente, por la mañana, al amanecer,



mientras me disponia en un carro de retorno á partir con mis animalitos, ví á su padre sentado en el palio, en un poyo, sumergido al parecer en una indiferencia completa. ¡Sin corazon! pensé para mí al verle inmóvil como una estatua. ¡Ah! me decia, estos ingleses no tienen alma; si yo tuviese una hija como esa, enferma y moribunda, me rompería la cabeza contra las paredes. ¡Perro! véte al... daba vueltas al rededor suyo para darle un puñetazo, á fe de hombre de honor: ningun caso hizo de mí ni de cuanto le rodeaba, cuando pasé por delante de su cara..... ¡Pobre hombre! dos gruesas lágrimas caian de sus ojos y rodaban por sus manos.

— Perdon, le dije, os pido perdon.

— ¡Ha muerto! me respondió.

En efecto, se le habia roto una vena del pecho y la sangre la habia ahogado durante la noche.

Dos dias gasté para llegar á Londres: dos dias es muy largo tiempo, cuando se está solo, y con un pensamiento de melancolía, y se va con un farsante que canta todo el camino. Yo veia siempre á aquella pobre niña sobre la cubierta del buque, y al gordo del inglés sentado en el poyo: en fin, no hablemos mas de ellos.

Al fin llegué. Pregunto si conocen mis señas, me indican la casa. Al llegar á la puerta, pregunto si conocen á mi hombre, y me contestan que allí está. Entro con mis gamitos, y toda la casa se coloca en torno de mi carro. Un señor se asoma ó la ventana y pregunta en inglés ¿qué hay? Reconozco á mi viajero: soy Gabriel Payot de Chamouny, le dije, y os traigo vuestros gamos.

— ¡Ah!

— Sabéis que me habeis dicho...

— Si, sí.

Habíame reconocido como vos ahora. ¡Oh! ¡era un excelente milord! ¡era un gozo aquella casa!... Llevaron los gamos á un salon magnífico. ¡Bueno! dije. Si á los gamos los alojan aqui, ¿dónde me pondrán á mí? en un palacio.

No me habia engañado: un gran lacayo me dijo que le siguiera, subí dos pisos. Abrióronme un cuarto donde habia alfombras por todás partes, cortinas de seda, sillas de terciopelo, un lujo, ¡qué sé yo! No dí un paso, me quité los zapatos á la puerta, y entré como por mi casa. Cinco minutos despues el criado me trajo unas zapatillas, y me preguntó si queria desayunarme con milord ó que me lo sirviesen en mi cuarto; yo contesté que se hiciese como milord mandase. Entonces me preguntó, si acostumbraba á afeitarme yo mismo, y le respondí que en Chamouny venia á afeitarme el maestro de escuela en sus ratos perdidos; mas que desde que estaba de viaje me veia obligado á hacerlo yo mismo.

— ¡Oh! ya se ve, me dijo.

Tenia yo efectivamente dos ó tres cortaduras en la cara, porque tengo la mano algo pesada, efecto de la costumbre de apoyarme sobre el baston-ferado de camino, ya veis...

— Se os mandará el ayuda de cámara de milord.

Cinco minutos despues entró un caballero vestido de azul, calzon blanco y media de seda.

¿Y adivinais quién era?

— El ayuda de cámara.

— ¡Precisamente!... Toma, le tuve por el alcalde, me levanté y le saludé... Me dijo que venia para afeitarme; y yo no queria creerle hasta que sacó sus navajas, su jaboncillo, y en fin, todo lo necesari-



rio. Me dió un sillón, me hice mucho de rogar para sentarme, pues deseaba hacerle ver que sabia afeitarme, y le decia: No, no, muchas gracias, estaré en pié. Mas como me dijo que me seria molesto, me senté; me bañó la barba con un jabon que olia á almizcle; despues me pasó por la cara una navaja... ¡no era navaja! ¡si aquello era un terciopelo!... Me dijo despues:

- Estais afeitado.
  - No lo habia sentido
  - ¿Quereis que os vista?
  - Gracias, acostumbro á vestirme yo mismo.
  - ¿Quiere ropa blanca el señor?
  - No, yo tengo todo lo necesario en mi maleta, ¿ó creeis que he venido aquí como un descamisado?
  - Mandad traer la maleta, está bien repleta.
  - ¿Y cuándo estareis listo?
  - Dentro de diez minutos.
  - Es que milord aguarda al señor para el desayuno.
  - Si tiene priesa, decidle que vaya comiendo, que ya le alcanzaré.
  - Milord, os aguardará.
  - Pues entonces despachemos.
- Vestíme con el mayor esmero que pude. Hallábase milord en el comedor con su mujer y dos lindos niños. Me presentó á ella y le dijo algunas palabras en inglés.
- Tendreis que disimular, me dijo, milady no habla francés.
  - ¡Milady! (¡ Vaya un nombre revesado de bautismo!) No hay ningun mal en eso, respondí, ni es una deshonra.
- Mad. Milady me hizo señal de sentarme junto á

ella: milord me echó de beber y despues de saludar á la compañía, llevé el vaso á la boca.

- ¡ Vaya un rico vino! dije á milord.
- No es del todo malo, me respondió milord.
- Y el burlon del marinero del sombrero de hule, que decia que en Inglaterra el vino costaba á doce francos la botella.
- El de Burdeos ordinario, sí; pero este es de Château Margot.
- ¡Cómo! ¿cuanto mejor es, menos cuesta? pues, señor, este es un famoso país.
- No lo habeis entendido. Digo que este cuesta, creo, un luis la botella.
- Cogí la botella para verter en ella lo que quedaba en mi vaso.
- ¿Qué haceis? me dijo milord cogiéndome el brazo.

— Yo no bebo vino de á un luis, eso seria ofender á Dios; guardadlo para cuando venga el rey á comer á vuestra casa.

- ¿Qué no lo encontrais bueno?
- Muy descontentadizo habria de ser.
- Pues entonces no os cuideis de eso, yo os daré veinte botellas para el camino.

Mientras que no hubo mas que beber vino de Burdeos y comer becfiteaks, fué bien la cosa: pero al concluirse el almuerzo, cata que viene un gaudul con una bandeja llena de tazas, una cafetera de plata, y una fuente de bronce en que habia agua y fuego. Pone todo esto delante del ama de casa, que echó un puñado de yerbas secas en la cafetera: al cabo de cinco minutos soltó el grifo, y echó la infusion en las tazas. Milord tomó una, madama Milady otra; y me pasaron á mi la tercera.



— Gracias, dije yo: siéntome muy bueno, no he tenido susto alguno ni estoy empachado, bebed vuestra medicina, que yo pasaré sin ella.

— No es para los males de cabeza, sino para ayudar á la digestion.

Yo no me atreví á rehusar por dos veces; tomé la taza: tragué tres sorbos sin probar lo que era; pero al cuarto ví era una cosa malísima, retiré la taza.

— ¿Qué tal? dijo milord.

— ¡Qué peste!

— Excelente té que viene directamente de la China.

— ¿Y la China está muy lejos?

— A cinco mil leguas de Londres.

— Pues os digo que no seré yo quien vaya á buscar té aunque no lo haya.

Madama Milady le dijo en inglés dos palabras al oído, entonces milord se volvió hácia mí y me dijo:

— ¿No habeis puesto azúcar en vuestra taza?

— No, señor, respondí yo, no lo sabía.

— Pues debe estar execrable.

— Lo cierto es que no está bueno, y como no me habeis advertido nada, me he abrasado la lengua al probarlo, mirad.

— ¡Pobre hombre!

— ¡Oh! si no fuese mas que esto..... Me parece que me vuelvo á marear. Es el agua caliente. No puedo sufrir el agua caliente, y hasta la fría me hace mal.

— ¿Qué quereis tomar, Payot? será preciso tomar alguna cosa.

— ¿Me quereis dejar que me cure yo mismo?

— Sin duda.

— Pues entonces haced que me den un vaso de aguardiente añejo.

— A propósito, le dije yo á Payot, satisfecho en aquel momento de encontrar ocasion de interrumpir su cuento que comenzaba ya á hacerse largo, en efecto, recuerdo que no os disgusta el *cognac*. ¡José!

Entró mi criado.

— Trae un frasco de coñac.

— No se necesita un frasco, con un vaso basta.

— No os dé cuidado: ¿con que en Londres os han tratado tan bien? ¿Cuántos dias habeis estado allí?

— Tres dias, primero fui á una casa de campo con milord, y soltamos los gamitos en el parque delante de su señora y de sus hijos, que era una diversion el ver lo alegres que estaban; el segundo me llevaron al teatro, siempre en el coche del milord; el tercero á casa de un sastre, que tenia en su tienda mas de ciento cincuenta vestidos completos, y me dijo:

— Escoged el que os guste, completo, pero completo.

Comprendereis que no fui tonto y tomé uno de terciopelo que él solo se tenia en pié, y me vino tan ajustado como un guante, vos mismo podeis juzgarlo, es el que traigo.

Al decir esto Payot se levantó y dió dos vueltas para que yo le viese bien.

Despues me dijo el inglés que era preciso llevar algo en la faltriguera, y me dió cien guineas.

— ¿Y cuánto hacen cien guineas? pregunté yo.

— Dos mil setecientos francos.



- Pero si no me debéis mas que dos mil...
- Por los gamos, es verdad, pero los setecientos restantes serán por los gastos de viaje.
- Por fin yo no sé cómo daros las gracias.
- No vale la pena, y me harás mucho favor en estarte aquí todo el tiempo que quieras.
- Muchas gracias : pero ya veis, es preciso volver á mi país, porque mi hija está recién parida, y me esperan para el bautizo. Si no fuese por esto, permanecería aun, porque estoy muy bien.
- Entonces os haré acompañar mañana á Brighton, el vapor sale pasado mañana para el Havre, y yo haré de manera que os reserven una plaza.
- No, milord, mejor quisiera tomar otro camino y pagar el carruaje.
- Es imposible, amigo, porque la Inglaterra es una isla como el jardín donde estuvimos si os acordáis, con sola la diferencia de que en vez de hielo, es agua lo que la rodea.
- En fin, supuesto que es así y que no tiene remedio, partiré mañana, porque peor es desesperarse.
- Al otro día, y en el acto de subirme al carruaje, madama Milady me dió una cajita.
- Es un regalo para vuestra hija, me dijo milord.
- ¡Oh! ¡Madama Milady! le dije yo, ¡demasiado buena sois!
- Podeis llamar á mi esposa Milady solo, es mas corto.
- ¡Oh! eso jamás.
- Yo os lo permito.
- No había medio de resistir á tantas instancias, y le dije :

- Adios, Milady, como quien dice : Adios, Carlota, y aquí estoy.
- Bien venido, amigo Payot; comeis hoy conmigo, ¿no es esto?
- Mil gracias; sois amable y obsequioso.
- ¿A qué hora comeis ordinariamente?
- A las doce.
- Precisamente la hora en que yo almuerzo. Está dicho, os espero.
- Pero, dijo Payot dando vueltas á su sombrero entre sus dedos, habeis de saber que yo estoy aquí como vos estábais en Chamouny, es decir, que no me hallo en vuestras calles, como vos no os reconociais en nuestros ventisqueros, de modo y manera que he tomado un guia, un paisano, un buen muchacho, y le he dicho que venga á comer conmigo por el trabajo.
- ¡Bueno! puedes traerlo.
- ¿No os incomodará eso?...
- No por cierto, seremos tres en vez de dos y nada mas; hablaremos del Monte Blanco.
- Lo dicho, dicho.
- A propósito del Monte Blanco... ¿Teneis una carta de Balmat para mi?
- Sí, es verdad.
- ¿Y qué hace?
- Está siempre buscando su mina de oro.
- Está loco.
- ¿Qué quereis? Es su manía, sin eso estaria rico, pues ha ganado dinero en grande; pero todo se le va en los hornillos. Mirad, apostaria de que en su carta os hablará algo de esto.
- Voy á leerla. Hasta el medio día.
- Al medio día.



Salió Payot. Llamé á José, le di orden para que encargase una comida para tres personas en la fonda *Rocher de Cancale*, despues abrí la carta de Balmat. Aquí está con toda su sencillez.

« Por conducto de Gabriel Payot, que pasa á Londres y va por Paris, le cuento como dos caballeros abogados de Chambery quisieron subir á Monte Blanco el 18 de agosto último, pero no pudieron verificarlo á causa del mal tiempo, por cuanto á pesar de haberme visitado antes de emprender la marcha, ni siquiera me habian pedido mi parecer relativamente al estado de la atmósfera. Se hallaban ya en camino, cuando de pronto se vieron cogidos por una niebla congelada, y en seguida por un temporal de granizo horroroso, que no les permitió pasar del prado de la Pequeña Mula; allí el huracan los derribó sobre la nieve, y los obligó á bajar no muy satisfechos de no haber llegado á la cumbre. No fué culpa mia, porque al pasar delante de mí, les anuncié ya la catástrofe; pero los guías les dieron á entender que no debian creerse de mí, porque no era mas que un viejo charlatan y regañón. Ellos sí que son demasiado jóvenes y ansiosos de dinero, pues no conocen el tiempo lo bastante para emprender semejantes expediciones. Hoy ha venido á verme á mi casa un joven inglés, y me ha dicho que deseaba subir al Monte Blanco el año que viene. Desearia que tambien hubiese franceses que quisiesen subirlo, porque hasta ahora los Ingleses son los únicos vencedores y hablan mal de los Franceses.

» Os agradezco infinitamente vuestro buen recuerdo y por haber hecho llegar á mis manos el primer tomo de las *Impresiones de viaje*. Un pari-

siense me ha dicho que ibais á imprimir el tomo segundo; si no costase demasiado caro lo compraria, lo mismo que los dos tomos de la *Mineralogia de Beudant*, porque á fuerza de buscar, creo haber dado con un filon de oro.

» En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

» JAIME BALMAT (Hamado MONTE BLANCO) »

« P. D. Os escribo de prisa, y no sé si acertareis á entender la letra, porque la escritura no es mi fuerte: mas en atencion á que solo tomé diez y siete lecciones, á dos cuartos por leccion, y mi padre me interrumpió la enseñanza al llegar á las diez y ocho, diciendo que eran demasiado caras. »

Sali para ir á buscar el tomo segundo de *Impresiones de viaje* y la *Mineralogia de Beudant*, admirando la fuerza de voluntad de aquel hombre. A los veinte y cinco años recibió una carta de Saussure, que le habia dado la idea de subir á Monte Blanco; despues de cinco ó seis tentativas infructuosas en las que aventuró su vida en una muerte desconocida, y sin gloria porque no habia confiado su secreto á nadie, logró llegar á la cumbre de la montaña mas elevada de la Europa. Poco tiempo despues en el acto de inclinarse para beber agua helada de las orillas del Aveyron, vió algunas pepitas de oro entre las arenas de la orilla; desde entonces se dedicó á buscar la mina de que el agua desprendia aquellas auríferas particulas, y tal vez la hubiese hallado al cabo de treinta años de investigaciones. ¿Qué hubiera hecho aquel hombre en medio de nuestras ciudades, si hubiese recibido una educacion en armonia con la fuerza de su carácter?



Al medio dia estuvo exacto Payot.

— ¿ Venis solo ? le dije.

— Mi camarada no se ha atrevido á subir.

— ¿ Porqué ?

— Toma , porque dice que es un pobre diablo, y cree que no querríais comer con él.

— ¡ Está loco ! Vamos á buscarle... Al pié de la escalera encontré á Francesco. — ¿ Y la mudanza ? le dije.

— Ya está concluida.

— Entonces, subid : José os pagará.

— ¡ Oh ! no hay prisa.

— Subid, subid.

Francesco obedeció.

— Bien, dije á Payot ¿ Dónde está vuestro hombre ?

— Sí, es él.

— ¿ Quién ?

— Francesco.

— ¡ Francesco ! ¿ Qué es de Chamouny ?

— Nacido allí.

— Aguardémosle entonces... Cinco minutos despues volvió á bajar y me dirigí á él. — Francesco, le dije, espero que no os negareis á comer conmigo y con Payot, cuando yo mismo os convidó.

— ¡ Cómo ! el señor quiere que...

— Os lo ruego.

— ¡ Oh ! sabéis que no puedo negarme á vuestros deseos.

— Pues entonces, vamos, amigo Payot, que aunque no tengo un carruaje como milord, ya encontraremos á la puerta uno de alquiler. Cierito es que no tengo Burdeos en casa ; pero ya sé dónde lo hay, y muy bueno : ¿ os gusta ? En cuanto al té...

— Muchas gracias , si á vos os es igual, no es lo que mas me gusta.

— Bueno, lo reemplazaremos por el café.

— Como gustéis, porque esta, en verdad, es una bebida cristiana, muy distinta de la otra, que, no me desdigo, es una droga.

Cumplí mi palabra como Payot ; le di á beber del mejor vino de Borel, le hice tomar el café mejor de Lamblin, y cuando le ví en aquella disposicion de ánimo dulce y feliz que signe á una buena comida, le propuse llevarle en un cuarto de hora á Chamouny.

— Os chanceais, señor.

— Os aseguro que no. Dentro de un cuarto de hora, si quereis, estaremos á la puerta de la posada.

— ¿ De Juan Ferraz ?

— Y veremos el Monte Blanco como ahora os estoy viendo.

— ¡ Caramba ! muy bien puede ser, dijo Payot, todo lo creo, ¡ despues de tantas y tantas cosas com he visto !

Volvimos á subir al coche , y habiéndose detenido el cochero á la puerta del diorama, entramos.

— ¿ Dónde estamos ahora ? dijo Payot.

— En la aduana de la frontera, y voy á pagar dos francos y diez céntimos por cada uno de nosotros.

Le entregué su billete de entrada.

— Ahí teneis vuestro pasaporte.

— En breve nos vimos envueltos en una completa oscuridad.

— ¿ Sabéis dónde estais, Payot ?

— No, á fe mia.

— Estamos en las escaleras.

— ¿ En la gruta ?



— Ya veis que no hay luz.

— Pues entonces, ya nos acercamos, dijo Payot.

— ¡Oh! dentro de cinco minutos, y aun antes. Llegábamos efectivamente en el momento mismo en que la Selva Negra desaparece para dar lugar á la vista del Monte Blanco: en el rincón del cuadro que comenzaba á aparecer, asomaban ya varios pinos y alguna nieve. Hice colocar á Payot de modo que su vista pudiese penetrar en la abertura á medida que iba tomando aumento; tendió una mirada momentánea con la vista fija, sin respirar y extendiendo los brazos según se iba desarrollando el mágico cuadro, hasta que dió un grito y quiso lanzarse, yo le contuve.

— ¡Oh! exclamó, ¡dejadme! ¡dejadme! ahí está el Monte Blanco, la nevera de Taceonnay, la aldea de la Costa y Chamouny á nuestras espaldas!... Volvióse entonces, y dijo: — Dejadme ir á dar un abrazo á mi mujer y á mi hija, por amor de Dios os lo pido, al instante volveré.

Todos los espectadores se dirigieron hácia nuestro lado; yo comenzaba á cansarme de mi embarazosa posición, y creyendo llegar la ocasión de poner coto en aquella farsa, pues Payot no hacia mas que reiterar sus instancias, dijele que todo lo que estaba viendo, no era la naturaleza, sino un cuadro. Dejóse caer sobre un banco y exclamó:

— ¡Oh! ¡cuánto mal me habeis hecho! y se puso á llorar.

Todos los espectadores nos rodeaban.

— ¿Quién es este hombre? ¿qué es lo que tiene? me preguntaban.

— Es un guía de Chamouny, que creyéndose en su tierra no hace mas que llorar.

— Por Dios, perdonadme, dijo Payot levantándose; pero esto ha sido mas fuerte que yo. Y volvió nuevamente la vista hácia el cuadro. — ¡Oh! mirad mi valle, dijo, y cruzando los brazos y abismado en la contemplación muda y ansiosa de aquel lienzo que le traía todos los recuerdos de la juventud, todas las satisfacciones de la familia y todas las emociones de la patria.

Me aproveché de su distracción para salir, temiendo que me tomasen por algún compadre.

Al otro día á las siete de la mañana, Payot vino á mi casa en la calle de Bleu.

— ¿Porqué os habeis marchado? me dijo.

— Creía complaceros, os habia dado un pesar y estaba disgustado.

— ¡Oh! ¡apesadumbrado! muy al contrario, siempre es grato ver su país, aunque sea pintado. Pero los parisienses no tienen patria ninguna, y si tan solo una calle, aunque no por culpa suya. El que no ha nacido en la aldea, ignora lo que es; en Chamouny no existe una sola casa que yo no vea del mismo modo de lejos que de cerca, ni en esta casa un hombre siquiera que me sea desconocido; ni en el cementerio un sepulcro que no conozca: en cerrando los ojos lo veo todo, al paso que en París apenas basta para aprender el nombre de las calles la vida de diez hombres seguida.

— Es muchísima verdad, amigo mio, teneis sobrada razón: ¿pero qué hicisteis despues que yo me marché?

— ¿Qué me hice? estaba allí un caballero que habia visto á Chamouny, y aun el jardín á que vos no quisisteis ir, y de consiguiente tuve que explicar la cosa á todo el mundo; que para la ascension,



se necesitaban tres dias : que la primera noche se pernoctaba en lo alto de la cuesta, en una palabra, conté todo absolutamente.

— Y supongo que quedarian agradecidos.

— Parece que sí, puesto que se reunieron y me regalaron cincuenta francos para echar un trago á su salud.

— ¡Bravo, Payot! Si os quedais dos años únicamente en Francia é Inglaterra, al volver á Chamouny seriais millonario.

— Bien puede ser, pero de todos modos, no quiero perder tanto tiempo aquí, y así vengo á despedirme, y me voy.

— ¿Hoy mismo?

— Al instante... me habeis enseñado el país, y es preciso que me vuelva á él.

Yo entonces le alargué la mano.

— ¿No ireis á decir buenos dias á Troteduro? abajo está en su carreton.

— Sí, vamos corriendo : porque me ha dejado recuerdos para mi inolvidables.

— Vamos pues.

— ¿Y un trago?

— Es muy justo.

Me eché un pantalon y la bata, y acompañé á Payot. El mulo lo aguardaba en efecto en la puerta, y yo le reconocí al momento.

Payot me pidió permiso de abrazarme, apreté su valiente corazon contra el mio : enjugó dos lágrimas, subió á su carreton, dió un latigazo á su mulo, y partió.

No habia andado mas que diez pasos cuando detuvo el animal, miró hácia atrás, y observando que yo le seguia con la vista :

— Podeis decir si volveis á Chamouny que seréis muy bien recibido. — ¡Arre! ¡adelante!...

Cinco minutos despues, dobló la esquina del *Faubourg Poissonnière* y desapareció. Yo volví á subir á mi cuarto.

— ¡Y bien! dije á José : ¿sabeis por qué se escribe la calle de Bleu sin e?

— Nadie ha podido decírmelo : pero si el señor quiere dirigirse al hijo de Mr. Bleu, que hizo construir la calle, vive á cuatro casas de aquí.

— ¡Gracias! esto es precisamente lo que yo deseaba saber. Habia ganado una apuesta contra el primer filólogo de Francia que habia tomado un nombre propio por un adjetivo.

Hace algunos dias que abriendo los millares de cartas que me habian escrito los que se obstinaban en creerme muy cómodamente instalado en Montmorency, mientras que me estaba muriendo de hambre en Siracusa, ví una con el sello de Sallanche, reconocí la letra de Balmat, la abrí. — Su contenido era este :

« Aprovecho la ocasion de un caballero doctor de París, que os conoce perfectamente, para escribiros esta carta y daros las gracias por vuestro tomo de *Impresiones de viaje* y la *Mineralogia de Beudant* que me habeis mandado por Gabriel Payot. Esta última obra me será muy útil, porque, como os decia, he encontrado un filon de oro que debe guiarme á una mina : y como el tiempo está muy hermoso salgo mañana mismo á buscarla.

» Tengo el honor de saludaros con mil gracias.

» JAIME BALMAT (llamado MONTE BLANCO).

» P. D. A propósito, se me olvidaba deciros que



al llegar á Chamouny Gabriel Payot ha dado una caída y se ha matado. »

La carta se me cayó de las manos. Ve aquí, dije para mí, porqué tenía tanta prisa para volver á su país aquel hombre... Di un puntapié al cesto en que estaba toda mi correspondencia, y dije á un amigo que estaba allí por acaso, que la continuase viendo por mí. Al cabo de cinco minutos me dió una segunda carta: tenía como la primera el sello de Sallanche, la abrí y la lei.

« Muy señor mio: con el mayor pesar soy yo el que he recibido la carta que habiais escrito á mi padre, en razon de que el buen hombre no estaba ya en este mundo cuando llegó á Chamouny: y como sé el interés que le demostrais, os dirijo todos los pormenores que hemos podido recoger.

» El 14 de setiembre del año pasado, y al dia siguiente del en que le habiais escrito, habia salido con un hombre del país para hacer una excursion por los alrededores de Chamouny en busca de una mina de oro, en un sitio donde hay grandes precipicios. Mi querido padre tenía tanta aficion, como sabeis, á las minas, que á pesar de las muchas objeciones que le hicimos, quiso á toda costa marchar.

» Mi padre, que sabeis cuán intrépido era á pesar de sus setenta y ocho años, ha continuado su camino á pesar de los gritos de su compañero, que ha hecho cuanto ha podido por detenerle. Mi padre no ha querido oír nada, entonces el otro se ha vuelto á su casa, sin atreverse á decirme que mi padre se habia quedado en la montaña.

» Al momento que supe su llegada fui á su casa, hacia ya tres dias que habia vuelto; apremiado por

mis preguntas, me dijo que no tenía buena idea de lo que habria sucedido á mi padre. Al oír aquello corri á buscar mi palo de viaje, y volví á decirle que me acompañase al sitio donde se habia separado de él. Me llevó hasta la senda donde se habian separado, y tomé el camino que habia tomado mi padre; pero durante dos dias y dos noches le he llamado y buscado en vano, no he hallado rastro de él, ni vivo ni muerto. Sin duda habrá sido arrastrado por un alud, ó precipitado en alguna nevera. »

Dejé caer la segunda carta cerca de la primera, é hice quemar las demás sin abrirlas.

FIN DEL VIAJE Á SUIZA.